

El riesgo de los extremos



ANGEL ALAYÓN

E

l futuro de la democracia en Venezuela requiere con urgencia que el Presidente Hugo Chávez reconozca que su discurso político, cargado del lenguaje de la guerra y de la destrucción, convoca a los demonios de las posiciones extremas. La agresión permanente y el no reconocimiento de la existencia de los otros no puede ser sino el preludio de un viaje hacia las oscuras consecuencias de la división y la intolerancia.

Observamos con profunda tristeza como *la razón y los argumentos* se alejan velozmente de la convivencia política venezolana. La democracia requiere que sus líderes, estén en el gobierno o en la oposición, promuevan la deliberación pública de los problemas nacionales. Más importante aún, la democracia requiere que los líderes gubernamentales acepten los resultados de la deliberación pública como fundamento de sus decisiones.

¿Cuáles son las condiciones necesarias para la existencia de una verdadera deliberación pública de los problemas nacionales? La pregunta no es fácil y sus posibles respuestas son múltiples y controversiales. Sin embargo, quiero referirme a dos condiciones que considero indispensables: la inclusión y el reconocimiento de la falibilidad de nuestro juicio. La condición de inclusión implica que los mecanismos utilizados para la deliberación permitan y alienten la participación de todos los factores de la sociedad que tengan motivos e intereses para hacerlo. Esto exige, tanto al gobierno, como a la oposición, la tolerancia, el respeto a las diferencias, y el reconocimiento de la legitimidad de las posiciones más diversas. Implica también evitar calificar como enemigos a los adversarios políticos. La posibilidad de una deliberación auténtica pasa por reconocer el valor de las posiciones contrarias a las nuestras y, más aún, implica estimular la existencia de la diversidad de ideas. Las voces disidentes siempre deben ser escuchadas.

Por otra parte, la deliberación pública requiere que cada uno de nosotros reconozca y acepte que nuestros juicios pueden no ser los correctos. La utilización de las ideologías como trincheras para defender nuestros prejuicios hiere de muerte la posibilidad de encontrar soluciones compartidas. Más bien, la ideología debe servir como fuente legítima de valores y principios, pero nunca como escudo contra la diversidad de posiciones. La democracia se hace imposible, como dice Cass Sunstein, en la medida que "cuando se habla sólo se escucha el eco de nuestra propia voz". Tenemos que sentarnos en la mesa del debate público reconociendo desde el principio la posibilidad de cambiar nuestras posiciones. La democracia requiere la humildad de reconocer que podemos estar equivocados.

La erradicación de la pobreza, la disminución de la criminalidad, la mejora de la educación, la creación de empleos, la política internacional, y una mejor distribución de los ingresos, constituyen parte de la urgente agenda que debe ser atendida por todos los sectores de la sociedad venezolana. No considero democrático que una persona imponga pretendidas soluciones en nombre de una supuesta capacidad de representar a la sociedad en temas tan complejos y tan importantes. Sólo mediante la promoción, exposición y contraposición de las razones y argumentos de todos los sectores de la sociedad, será posible tomar decisiones de políticas fundamentadas en una revisión exhaustiva de las ventajas y desventajas de las diversas propuestas. ¿Acaso no es la participación uno de los valores de nuestro sistema democrático?

En las actuales circunstancias, los venezolanos debemos exigirle al Presidente que le de una oportunidad sincera a la deliberación pública como mecanismo político capaz de encontrar soluciones compartidas a los complejos problemas de nuestro país. No debemos olvidar que en nombre de la supuesta capacidad de representar y ejercer a la perfección la "voluntad del pueblo", se han cometido los crímenes más terribles en la historia de la humanidad. Ojalá que el Presidente no permita que futuras generaciones de venezolanos le reclamen a un tal Presidente Chávez —ampliamente conocido en sus tiempos de popularidad por lo dicharachero y cantor—, la responsabilidad de haber sometido a Venezuela al riesgo de vivir en los extremos y a sus innumerales consecuencias.

ANGEL ALAYÓN
ABOGADO



**La utilización
de las ideologías
como trincheras
para defender
nuestros prejuicios
hiere de muerte
la posibilidad
de encontrar
soluciones
compartidas.**